

Academia de Historia de Cuba

LOS INDIOS DE CUBA EN SUS
TIEMPOS HISTÓRICOS

TRABAJO

leído por el Académico Correspondiente en Camagüey

DR. FELIPE PICHARDO MOYA

en recepción pública la noche del 28
de septiembre de 1945

LA HABANA
IMP. EL SIGLO XX
A. MUNIZ Y HNO.
BRASIL NUMS. 153-157,
MCMXLV

Honorable Sr. Presidente:

Honorables Sres. Académicos:

Al agradeceros sinceramente el honor que me habéis conferido al recibirme como Miembro Correspondiente de esta ilustre corporación, permitidme agradeceros de igual manera vuestra bondad al aceptar este trabajo de ingreso, que no tiene otros méritos que la devoción a la verdad histórica con que ha sido hecho y su apartamiento de toda pasión doctrinaria — en realidad, más que méritos, cualidades naturales de todo estudio histórico que respete su propia dignidad, e indispensables en el que aspire a despertar los ecos de un recinto académico fiel a la honda y serena tradición científica esencial en los de su clase, como es el de esta Academia de la Historia -de Cuba.

INDIOS E HISTORIADORES

La vida de los indocubanos en sus tiempos históricos se nos presenta muy breve. Containos para ellos esos tiempos a partir del descubrimiento de nuestra Isla por Cristóbal Colón en 1492; y si bien son principales actores en los primeros años de la colonización, que comenzó en 1511, muy pronto —antes de un siglo—, sus referencias desaparecen de las páginas de nuestros libros de historia.

En realidad, la rápida extinción de los indocubanos por la crueldad individual y sociológica de la colonización, fue un hecho cierto; pero sus alcances de rapidez y de extensión aparecen exagerados en nuestras historias. No es tan difícil vislumbrar huellas de su existencia en incidentales noticias de los siglos XVII y XVIII, y aun del XIX, y podemos percibir hoy su herencia en nuestro vocabulario y en determinadas costumbres de algunos núcleos de nuestra población, habiéndolos que afirman tener directa ascendencia aborigen; y podemos creer que nuestros indios no desaparecieron tan pronto ni tan totalmente como se ha venido estimando, y que su ausencia de aquellas páginas —aceptada como prueba de la total extinción—, puede mejor explicarse por singulares actitudes de nuestros historiadores —por causas diversas y aparte algunos de los que han escrito ya en los

tiempos republicanos—, que les impedían ver el contenido propiamente vernáculo de nuestro pasado, del que eran parte las supervivencias indígenas.

Nuestros primitivos historiadores hoy conocidos —Morell de Santa Cruz, Arrate, Urrutia, Valdés—, para estudiar nuestros orígenes y los primeros tiempos de la colonización dispusieron de fuentes escritas escasas y difíciles —destruidos los archivos de las primeras villas cubanas por los asaltos múltiples que a todas ellas hicieron los piratas, corsarios y bucaneros en los siglos XVI, XVII y XVIII, y lejanos durmiendo su sueño centenario en los archivos españoles los llamados documentos de Indias. Por otra parte, siendo ellos hijos legítimos de su tiempo, devotos de la insoportable erudición de moda entonces, no podían, por el aliento culterano que los animaba, apreciar lo que hubiera de esencial vernáculo en la historia que escribían, interesante para ellos, colonos leales de gloriosa metrópoli, más en los sucesos que a ésta la incorporaban que en sus manifestaciones peculiares. El indio era un incidente de la conquista, y no un elemento de la sociedad que historiaban; y así vemos que al describirlos, siguen los textos de los primitivos cronistas de Indias, cuando algunos de ellos podían haber conocido sus últimas comunidades y documentarse de primera mano, tradicional y arqueológicamente.

Los que luego escribieron sobre Cuba —La Sagra, Arboleya, Pezuela—, pudieron utilizar más amplia documentación. Sobre todo la del último sabemos que fue formidable. Pero escribían ellos la historia de una colonia española cuando estaban amargadas sus relaciones con la metrópoli, de la que eran hijos distinguidos y naturalmente simpatizadores; y a la mayor gloria metropolitana referían la historia cubana, exaltando cuanto hubiera en ella de lealtad y filiación a España, con olvido, apasionada interpretación y quizás ocultamiento expreso de todo espíritu vernáculo que pudiera alentar deseos de independencia. Así buscaban ellos en nuestra historia justificación para el mantenimiento del dominio metropolitano y condena de los anhelos separatistas. Naturalmente, y por lo que abonasen a favor del ideal de compenetración, eran postulados aceptados sin discusión la escasa población indocubana precolombina, su rápida extinción y su negativa influencia en la formación del pueblo cubano.

Una mejor disposición a percibir lo indígena en nuestro pueblo y su desarrollo se nota en Rodríguez Ferrer; y Guiteras, que sentía en lo íntimo la cubanidad, pudo haber

subrayado su espíritu en nuestro pasado —y a la par revisar los asertos sobre la rápida y total extinción del indio—, de no haber contado con tan limitadas fuentes como tuvo a mano, y no haber temido que se prohibiera —como al fin ocurrió—, la libre circulación de su Historia en Cuba ⁽¹⁾.

Lograda la independencia, pecamos los cubanos en sentido contrario al de los historiadores coloniales —cegados por el deslumbramiento de nuestra epopeya libertadora. Despreciamos nuestro pasado, del que sólo nos interesaban los errores y despotismos metropolitanos, que justificaban y precipitaban la independencia. obtenida. Hicimos nuestra historia más patrioterica y polémica que sólidamente patriótica y científica. Ignoramos factores de la formación colonial que daban a la misma un contenido de cubanidad, porque no tenía el externo brillo de lo heroico revolucionario. No historiamos lo nuestro esencial, sino los desaciertos de España. Error, desacierto, barbarie, era la rápida y total extinción del indio por la codicia y la crueldad conquistadora, y el concepto primó sobre toda revisión del hecho.

Hoy sabemos que es preciso estudiar nuestra historia como pueblo, mirándola desde el pasado hacia el presente; no dando saltos en el vacío, sino encadenando pacientemente todos los eslabones dispersos y atendiendo a la formación de nuestra personalidad, cuya existencia justificó la independencia. Nuestros grandes hombres del siglo XIX no cayeron del cielo: Tenían el recuerdo de sus antecesores y la esperanza de sus descendientes. El cubano insurrecto era hijo del colono leal. La independencia no pudo ser obra de magia, ni únicamente labor de los héroes guerreros: Fue el fruto natural del desarrollo colonial, del nacimiento y formación de un espíritu nacional. En nuestra historia tenemos que encontrar, y encontraremos, la justificación de nuestro anhelo de vida propia por imperativos fisiológicos de nuestro desarrollo, que es lo permanente, más que por derivación de los errores metropolitanos, que es lo transitorio.

De ello obtendremos la fe en nuestros propios destinos.

Justo es señalar que en las últimas décadas el estudio de nuestra historia ha tomado una dignidad condicionada por normas científicas a la par que sanamente patrióticas; y en este sentido, la obra realizada por esta Academia de la Historia, registrada en sus *Anales* y *Memorias*, y visible en sus publicaciones todas, es de sólido valor; y los nombres de ilustres

académicos —basta citar como ejemplo el de su actual Presidente y sabio historiador Emeterio S. Santovenia—, amparan una nutrida bibliografía, en la que la ciencia del investigador se ciñe las galas del buen escritor.

La rápida extinción de los indocubanos fue un hecho cierto, históricamente exagerado en sus alcances, ya vimos cómo y por qué. Andando el tiempo, antropólogos y arqueólogos se interesaron por nuestros aborígenes. Un profesor español que es necesario nombrar y elogiar siempre que se hable del estudio de las cosas de Cuba, Miguel Rodríguez Ferrer, buscó por toda la Isla sus reliquias y sus supervivencias. El erudito y confuso Antonio Bachiller y Morales les consagró páginas que aún hoy tienen vigencia científica. Andrés Poey señaló sus relaciones con los otros indoantillanos.

Ya en nuestros días, después de las investigaciones de Montané y de don Carlos de la Torre, y a la par con los norteamericanos Harrington e Irviug Rouse, numerosos autores cubanos —no hay por qué citar sus nombres que todos recordamos—, han estudiado y reconstruido la vida precolombina de nuestro aborígen, y distintos museos —imposible no recordar el de don Eduardo García Fera, que a su formación consagró una vida laboriosa—, nos ofrecen ricas muestras de su cultura material. Pero la reconstrucción de su vida histórica en conjunto no se ha intentado, que sepamos, y hoy es difícil —y acaso imposible—, lograrla, pues por las razones antes apuntadas tenemos muy poca información fidedigna sobre ella.

EL INDOCUBANO Y LA CONQUISTA

El indocubano llega a la Historia de manos de Cristóbal Colón, que en sus dos primeros viajes a las Indias toca, como es sabido, en nuestra Isla, en sus costas norte y sur respectivamente.

Hoy sabemos por los estudios arqueológicos, que en Cuba coexistieron grupos aborígenes de distintas culturas; pero históricamente no tenemos de algunos de esos grupos otras noticias que incidentales referencias a su supervivencia en los primeros tiempos de la conquista, y en realidad el contacto apreciable del colonizador español fue únicamente con el indocubano agrícola que generalmente llamamos *taíno*. Pero como si la suerte le hiciera

desempeñar a plenitud su papel de descubridor, Colón tuvo contactos, desde luego muy superficiales, con gentes de los distintos grupos de indocubanos que conocemos. En su primer viaje, los tuvo con los *tainos* del norte y del extremo este de la actual provincia de Oriente, y en su, segundo viaje con los de la costa sur —diciendo en un lugar de la de Camagüey la primera misa de que tenemos noticia histórica—, y además conoció a los indios pescadores —a nuestro juicio los verdaderos *siboneyes*—, de los Jardines de la Reina, y tuvo noticias de los *guanatahabeyes* que vivían en el extremo occidental de la Isla.

Así, en 1492 y 1494, los indocubanos todos, presentados por el Gran Almirante, hacen su entrada en la historia de la cristiandad.

*

No es hasta fines de 1510 o principios de 1511 cuando se inicia la colonización de Cuba, y nuestros indios son en realidad personajes históricos bien caracterizados, desempeñando papeles de importancia. Pero del descubrimiento a la colonización, la Historia los menciona incidentalmente unas cuantas veces, algunas en buena amistad con los castellanos, y otras como enemigos. Hacia 1509, los de la región de Jagua auxiliaron a Ocampo, que en ese puerto se detuvo al bojear la Isla, y también los de Macaca, donde el mismo Ocampo dejó uno de sus compañeros enfermo ⁽²⁾, que enseñó a los indios a componer areítos en honor de la Virgen María, cristianizándose su Cacique, que tomó el nombre de Comendador y fue en 1511 amigo de Enciso. También los de Cueibá acogieron benévolamente a Ojeda en 1510, y recibieron del mismo, y en cumplimiento de una promesa que había hecho, una imagen de la Virgen, que el Cacique conservó en gran veneración. Pero en cambio, el mismo Ojeda había sido atacado poco antes por los indios del sur de Camagüey, y Valdivia y sus compañeros náufragos eran atacados y muertos en Matanzas hacia 1510, y Juan de Nicuesa y los suyos sufrían igual suerte hacia 1511 en la parte occidental de la Isla ⁽³⁾.

Posiblemente, algunos de esos indios sabían ya de las atrocidades de la conquista en La Española, y otros no, o unos tenían jefes más agresivos que otros, y de ahí sus distintas actitudes. Pero una explicación muy sugerente nos la ofrece la evidencia arqueológica que

hoy tenemos, acusando que los indios de aquellas regiones en que los españoles fueron atacados, posiblemente no pertenecían al mismo grupo cultural que los que tuvieron amistosa conducta. En Jagua, en Macaca y en Cueibá, los principales pobladores eran indocubanos agrícolas, *tainos* iguales o semejantes a los de La Española; y no así en la parte occidental de Cuba ni en las ciénagas del sur de Camagüey, donde indios de inferior cultura —*guanatahabeyes* y *siboneyes*—, en esos lugares acorralados por la invasión *taina*, lógicamente vivían en agresiva desconfianza. Más adelante encontraremos otras referencias históricas que parecen confirmar esta sugerencia.

*

En 11 de junio de 1510, ya Diego Velásquez había partido desde Salvatierra de la Sabana para Cuba. En enero de 1512, Diego Colón escribía al Rey trasladándole noticias de la expedición ⁽⁴⁾. En marzo de este mismo año, una cédula hace saber a don Diego el real placer por las nuevas de Cuba, elogiando la conducta de Velásquez y apreciando como los indios cubanos son más razonables que los de las otras islas. ¿ En qué consistía esta naturaleza razonable de nuestros indios ~ Parece que se les creía fáciles a convertirse al cristianismo y dóciles a la conquista; y se le reitera a Velásquez que los trate bien, pero que esté sobre aviso para que le tengan respeto ⁽⁵⁾.

Se ha estimado generalmente que los indocubanos se mantuvieron en actitud pacífica frente a la conquista. Pero en realidad, a falta de grandes acciones guerreras, que no permitían la densidad de población india, ni las diferencias de armamentos, no pocas referencias históricas contradicen aquella creencia, y puede afirmarse que nuestros indios defendieron su libertad muy dignamente, hasta el extremo de que en ningún momento, y mientras la libertad no les fue reconocida en la ley y en la práctica, dejó de haber en la Isla indios alzados.

Apenas afincado Velásquez en Baracoa, encontró la resistencia heroica de Hatuey. La historia —matizada con oros de leyenda—, de este Cacique es sobradamente conocida en sus líneas generales, y su recia personalidad ha merecido recientemente un devoto estudio biográfico del distinguido periodista y autor dramático César Rodríguez Expósito ⁽⁶⁾. Pero

en realidad desconocemos muchos detalles de tal historia, y aun de la lucha contra Velásquez. Vencido por éste en una guerra de guerrillas, fue apresado y condenado a morir en la hoguera, disputándose ser escenario donde se cumpliera la horrible sentencia dos lugares igualmente llamados Yara —uno cerca de Bayamo y otro en la región de Baracoa. La pretensión baracoense se nos antoja un poco caprichosa, existiendo como existe un documento escrito por Velásquez, donde afirma haber fundado la villa de San Salvador de Bayamo “cerca de un río grande llamado Yara, en el mismo lugar donde los españoles se vieron libres del rebelde cacique Yacahuey” ⁽⁷⁾. La muerte de Hatuey por su ideal a manos de los conquistadores castellanos, le ha dado relieve de héroe nacional, símbolo del patriotismo indígena —no sin que recientemente se haya polemizado sobre si merecía tal simbolismo, por no ser cubano de nacimiento, y sí venido de La Española. En buena lógica, la polémica, nacida de un erróneamente anticipado concepto de la cubanidad, no tiene razón de ser, como más adelante veremos, y Hatuey tiene preferente derecho a simbolizar la resistencia indocubana a la conquista, por haber sido el primero en tiempo y en la importancia del movimiento que acaudilló, reconocida por sus propios vencedores.

Un indio, según respetables testimonios históricos, paisano de Hatuey y uno de sus principales capitanes, parece heredarlo, y según tales testimonios cobra singular relieve, presentándose con una increíble doble vida, acaudillando a los indocubanos rebeldes en distintos lugares. Es el cacique Caguax.

Obedeciendo en sus planes a un criterio geográfico que acusa un pleno conocimiento del territorio cubano, Diego Velásquez confió a sus lugartenientes Francisco de Morales y Pánfilo de Narváez el mando de sendas expediciones conquistadoras —pacificadoras, es la palabra entonces en uso—, al interior de la Isla. Morales se adentró hacia la región de Maniabón, donde hoy la arqueología nos dice haber existido una nutrida población indígena, y encontró, o provocó con su desmedida y ambiciosa conducta, la rebelión de los indios ⁽⁸⁾. Narváez partió hacia el valle del Cauto, y en Bayamo fue una noche sorprendido su campamento por los naturales, finalmente rechazados y perseguidos hasta Camagüey —

donde los fugitivos no encontraron buena acogida ⁽⁹⁾. Notemos, de paso, que esto bien pudo deberse a no pertenecer los fugitivos al mismo complejo étnico que los indios del lugar de refugio ⁽¹⁰⁾. De la resistencia en Maniabón no tenemos detalles ni nombres de caudillos; pero de la sorpresa de Bayamo nos dice la historiadora Irene A. Wright, a quien no puede negarse una excelente documentación de primera mano, que fue dirigida por el cacique Caguax, paisano de Hatuey y su sucesor al frente de los bayameses, y que fue perseguido y muerto por los españoles ⁽¹¹⁾.

La columna invasora de Narváez, llevando éste al Padre Las Casas como asesor, y reforzada debidamente, atravesó la región de Cueibá —donde antaño los indios habían auxiliado a Ojeda, y aún veneraban como a preciado cemí la imagen de la Virgen que el poco afortunado conquistador les dejara—, y se internó en la de Camagiiey. Ya en ésta, que ciertamente no tenía entonces los mismos límites que la actual de ese nombre, pues dentro de ellos corría el río Sasa, y en un pueblo —que por su descripción, con batey y casas de linajes, podemos creer *taino*—, situado no lejos de la desembocadura del citado río, ocurrió el sangriento suceso que en nuestra historia se conoce por *matanza de Caonao*. Allí Narváez autorizó una despiadada carnicería, que conocida principalmente por la conmovedora relación de Las Casas, se nos presenta como el más horrible episodio de la conquista de Cuba. Cerca de dos mil indios, según Las Casas, fueron en aquel pueblo exterminados por los hombres de Narváez, y sin que hubieran dado motivo para ello. Velásquez, sin embargo, que exigía a sus lugartenientes se esforzaran en la penetración pacífica, aprobó lo hecho por Narváez, aclarando que sólo hubo un centenar de víctimas, y que la actitud rebelde y amenazadora de aquellos indios, posiblemente los que habían muerto a nueve compañeros de Ocampo extraviados en la región, cuando Ocampo iba desde Jagua a reunirse con él en Bayamo, hizo necesario el escarmiento. Dichos indios —añade—, estaban acaudillados por uno que había sido capitán de Hatuey, llamado Caguax.

¿Hubo, acaso, dos caciques llamados igualmente Caguax, y los dos capitanes de Hatuey, y rebeldes a la conquista? ¿Se equivoca Irene A. Wright, directamente inspirada en documentos del archivo de Indias, cuando llama Caguax al capitán y sucesor de Hatuey que ataca a Narváez en Bayamo, y es perseguido y muerto? ¿Miente Velásquez cuando culpa de la actitud de los indios de Caonao a un indio, ex capitán de Hatuey, llamado Caguax?

El hecho cierto es que en Maniabón, en Bayamo y en Caonao, el indocubano sellaba con su sangre, sobre su tierra invadida por hombres y animales extraños, su deseo de ser libre; y durante toda la conquista, su actitud fue en general de rebeldía, como lo demuestran referencias históricas a destacados personajes indígenas, protagonistas de episodios que a pesar de la parquedad con que son narrados, se comprende que fueron de resistencia a la penetración castellana. Así, y aunque después de Caonao no hay noticias de ningún otro suceso guerrero o sangriento, vemos por una carta de Velásquez que los caciques de Camagüey andaban alzados por los montes, y en el territorio de la actual provincia de Las Villas, el cacique de Manzanillo —pueblo agrícola que había dejado morir sus siembras, en perjuicio de los conquistadores—, y los llamados Caracamisa y Manatiguahuraguana —éste al parecer acusado de actos de hostilidad hacia Narváez—, sólo difícilmente cedieron a la política de atracción del Adelantado ⁽¹²⁾.

Otros caciques —llabaguanex y Yaguacayex—, desempeñaron papeles de importancia en la conquista del territorio de las actuales provincias de La Habana y Matanzas. El primero, que según Las Casas y Herrera tenía más de sesenta años y era de noble aspecto, entregó a Narváez un hombre y dos mujeres, supervivientes del naufragio de Valdivia, ya medio adaptados a la vida india; y el segundo fue acusado de la muerte de otros náufragos. Quiso Narváez castigar a ambos, nada menos que con la hoguera; pero Las Casas logró la libertad del anciano, y que quedase prisionero Yaguacayex hasta que Velásquez resolviera sobre él. Velásquez lo amonestó y puso en libertad. Andando el tiempo, un hijo de Habayuanex pasó a La Española, donde en atención a la conducta de su padre con los náufragos españoles, fue bien atendido por el Gobernador, con el real beneplácito ⁽¹³⁾.

Desconocemos detalles de la pacificación, encomendada a Narváez, de la parte occidental de Cuba, donde vivían los arcaicos indocubanos llamados *guanatahabeyes*. Las Casas nos dice que, por ser cosa ya lejana cuando él escribía, no recordaba con cuanto derramamiento de sangre se hizo, aunque estuvo presente en ella. Subrayemos nosotros que esos *guanatahabeyes*, hoy tan presentes en los estudios arqueológicos, históricamente no nos han dejado otro recuerdo que su nombre y leves referencias a su salvajismo.

Reunidos en Jagua el Adelantado y sus lugartenientes, a principios de 1514, puede decirse que terminó la conquista de Cuba, y comenzó la colonización. Una nueva vida se